



Marcello Ghilardi, *Filosofía de la interculturalidad*

Nagoya: Chisokudō Publications, 2025, 130 pages, \$12.99

ISBN: 979-8291750216

Aparece por fin la traducción al español de *Filosofia dell'interculturalità* (Brescia:- Morcelliana, 2012), de Marcello Ghilardi, en impecable versión de Raquel Bouso García, con un nuevo breve prefacio incorporado a la edición en español, previo a la introducción original, ambos a cuenta del autor.

El libro enfoca el tema de la interculturalidad desde una perspectiva filosófica, a diferencia de otras perspectivas, como puede ser la de la antropología u otras ciencias sociales. Ghilardi distingue sutilmente entre filosofía comparada, filosofía intercultural y filosofía de la interculturalidad. Toda filosofía es filosofía comparada, en la medida en que cada auténtico pensador construye su recorrido siguiendo

7. Anton Sevilla-Liu, *Japanese Philosophies of Education: Watsuji Tetsurō and Mori Akira* (London: Bloomsbury Academic) [in press].

8. Nishihira Tadashi, *The Philosophy of No-Mind: Experience Without Self*, trans. by Catherine Sevilla-Liu and Anton Sevilla-Liu (London: Bloomsbury Academic, 2024).

la estela de senderos ya trazados. Su problema es que comporta el riesgo de caer en la ingenuidad de creer que existe un lugar neutro y objetivo desde el que comparar. Quizá por ello Ghilardi recalca, en el prefacio mencionado, nuevas propuestas que han tenido lugar en la última década, como la «filosofía de fusión» de A. Chakrabarti y R. Weber (*Comparative Philosophy Without Borders*, London & New York: Bloomsbury Academic, 2016), para quienes el término comparación debería dejarse de lado. Se obviarían así ciertas resistencias de la mentalidad académica occidental, que a menudo se limita a buscar equivalentes o contrastes del pensamiento occidental en las filosofías no occidentales, en lugar de asimilarlas y servirse de ellas. Podría entonces promoverse un reconocimiento mutuo «extrayendo de la alteridad una linfa vital para la construcción y el redescubrimiento de sí». Con ello se hallaría un punto medio entre la falsa universalidad «que domestica la alteridad reduciéndola a categorías propias» y una pluralidad estéril que no reconoce la necesidad de una comprensión integrada. En tal punto medio debería darse «un movimiento incesante ... entre lo idéntico y lo diverso». Esta sería la meta que debería alcanzar una filosofía intercultural, donde el prefijo «*inter*» no indica un espacio ubicado entre culturas, sino las dinámicas que se dan entre ellas.

Pero de la filosofía intercultural debe distinguirse, aunque Ghilardi reconoce que no siempre es el caso, la filosofía de la interculturalidad. Mientras la primera es una «práctica activa de encuentro conceptual» y «producción de nuevos conceptos y contactos», la segunda es una reflexión metaconceptual «sobre el sentido, las potencialidades y los límites» de dicha práctica. Su objeto, la interculturalidad, vendría a ser la dimensión transcendental, en sentido kantiano, de la práctica intercultural, es decir, la condición de posibilidad de los contactos entre culturas y sus influencias mutuas. Por supuesto, en toda práctica intercultural está presente, cuando menos implícitamente, una filosofía de la interculturalidad. Y debe enfatizarse que esta filosofía no pretende ser «una nueva teoría filosófica que lo abarque todo», sino «una forma de experimentar el mundo, un ejercicio formativo de encuentro con la realidad que nos rodea, en la que estamos inmersos».

El libro consta de dos partes. En la primera se presentan cuatro conceptos, a saber «identidad», «frontera», «pluralismo» y «traducción», entendidos como «vías» para entrar en la complejidad temática de la interculturalidad. La segunda se estructura en cuatro pares conceptuales, a saber, «propio/ajeno», «este/oeste», «opacidad/transparencia» y «sabiduría/conocimiento», con el propósito de que tales contraposiciones «se incluyan en un contexto relacional e integrador». Según el autor, los capítulos dedicados a cada concepto o par conceptual pueden leerse independientemente, sin respetar la sucesión propuesta. Pero a la vez están «estrechamente conectados: cada uno remite a todos los demás». Evidentemente es prácticamente imposible en el breve espacio de esta reseña explicar siquiera brevemente

cada uno de estos conceptos y pares conceptuales. Pero su conexión e interdependencia nos servirán para que a partir del comentario de un par de ellos podamos, por así decir holográficamente, ofrecer una impresión de conjunto de lo que se persigue y se alcanza en su conjunto. En mi elección, en buena parte arbitraria, tendrá en cuenta alguno de los momentos en que Ghilardi considera, en particular, ciertos aspectos del pensamiento oriental.

Mi primera elección será la del concepto de identidad, que no por casualidad ocupa el primer lugar de la serie. Sorprendentemente, desde la primera frase del capítulo se nos presenta no un simple concepto, tal como se había anunciado, sino un par conceptual: «El pensamiento filosófico siempre se ha enfrentado al problema que constituye la conexión identidad-diferencia». No se puede pensar la identidad sin remitirla a una alteridad que la define y determina. No solo eso, sino que lo idéntico y lo diferente, lo otro, son «movimientos, no sustancias fijas, y uno no podría existir sin el otro». También sorprende que su tratamiento de la identidad acabe reduciéndose al del yo en cuanto diferente de otro yo. Ghilardi distingue esta identidad-relación de la que denomina identidad-raíz: mientras que la adopción de esta última concepción crea barreras frente al otro, la adopción de la primera facilita «la continua transformación de los procesos vitales sin encerrarse en áreas protegidas sino aceptando ... entrelazarse con la alteridad». Por todo ello la identidad-relación es «la gran apuesta de un pensamiento intercultural que se juega contra la idea de una identidad-raíz». Ghilardi enumera una serie de pensadores destacados del canon filosófico occidental, desde Plotino hasta, en especial, Hegel, que han reconocido el carácter dinámico de lo real que acompaña la relación identidad-diferencia, pero se apresura a añadir que «la mayoría de las tradiciones del pensamiento de Asia oriental también afirman la naturaleza relacional de la realidad».

Enlazando con lo dicho, mi segunda elección será la del par conceptual este/oeste. Justo en el comienzo del capítulo dedicado a este par Ghilardi cita a Raimon Panikkar, por cierto el autor más veces citado a lo largo del libro: «los tiempos en que determinado aspecto [de una obra filosófica] podía ser definido específicamente como oriental u occidental han pasado». Sin embargo, no por ello se ha de ignorar el valor heurístico de la expresión «Oriente y Occidente». Por supuesto no hay *un* Oriente o *un* Occidente. Pero la expresión no deja de proporcionar «un sentido general de orientación». Es posible, por ejemplo, «mostrar que la tradición japonesa ha privilegiado una relación de inmanencia con la dimensión espiritual, en lugar de centrarse en la trascendencia como ha sucedido en su mayoría en el desarrollo de las religiones monoteístas». Lo que cuenta, en definitiva, y una vez más, es encontrar el punto medio entre un liberalismo ingenuo que cae en un «banal asentimiento a cualquier novedad» y el »temor de quienes auguran un futuro de choques entre civilizaciones».

En definitiva, nos encontramos ante una excelente introducción a la filosofía de la interculturalidad que bien podría servir de manual universitario. Pero se trata de un posible manual que no quiere serlo. Como dice el autor, «sería contradictorio con la inspiración básica que anima el pensamiento intercultural la idea de poder inscribirlo dentro de una sola perspectiva o una sola voz», aunque sea, añado, la del propio Ghilardi. La práctica intercultural ha de ser «una práctica que afecta la vida misma del sujeto que se prepara para su encuentro». No es de extrañar que hacia el final de la obra se distancie del «trabajo erudito o comentario de textos, destinado solo a la producción de literatura secundaria». No es elogio menor asegurar que Ghilardi consigue, por servirme una última vez del encomio del punto medio, la equidistancia entre, por una parte, la inevitable y necesaria erudición y, por otra, la motivación para ejercer la práctica intercultural. Concluye, pues, recordando que «la filosofía no es solo enseñar a pensar, sino también a vivir» o, sirviéndose de términos budistas, que «no solo *prajñā* conduce a *karuna*, sino que *prajñā* es una con *karuṇā*».

Luis M. Pujadas Torres